

Introducción

Cuanto reúno en estos apuntes, debidamente fundamentados todos ellos, tiene como propósito único ofrecer materiales que ayuden, en su momento, a los historiadores a dibujar con conocimiento de causa la biografía interior de don Ángel Herrera Oria.

Está la figura de don Ángel necesitada de una biografía completa, que retrate, sí, al hombre exterior, el de la acción, pero que atienda también, y principalmente, al hombre interior; pues de esta interioridad brotó en todo momento su acción evangelizadora como seglar, como sacerdote y como obispo.

Mons. Buxarrais, siendo Obispo de Málaga, manifestó a don José María Eguaras y a don Manuel Díez de los Ríos, la necesidad de que se hiciera una biografía completa de don Ángel Herrera Oria, ya que los beneméritos trabajos llevados a cabo hasta entonces abordaban con destacada, por no decir total, preferencia la parte externa de la vida de don Ángel. Quedaba sin suficiente reflejo la vida interior profunda del anterior Obispo malagueño. «He pensado en vosotros, les dijo, porque no hay nadie que lo conozca como lo conocéis vosotros». Nada pudo hacerse entonces en la línea que Mons. Buxarrais, Obispo muy humano y muy lleno de Dios, señalaba.

El propio José María Eguaras recordaba en 1984 que «a don Ángel no se le conoce su característica más destacada, que era precisamente la espiritual, aunque esté muy oculta»¹.

En 1985, Francisco Guijarro, tercer Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas, comentaba que «los historiadores no manejan más que impresiones, cuando hablan de Herrera y de la Asociación»². Dos años antes, Maximino Romero de Lema, Obispo primeramente de Ávila y más tarde Secretario de la Congregación romana del Clero, lamentaba que «don Ángel no sólo es un desconocido, sino que se le ha deformado»³.

1 Cf. JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, p. 246, Madrid 1986. Cito en adelante esta espléndida obra con la sigla C.

2 *Ibíd.*, p. 303.

3 *Ibíd.*, p. 440.

Ahora bien, don Ángel fue sumamente, diría que exageradamente, recatado en cuanto a manifestaciones exteriores, orales o escritas, de su vida interior. No se ha encontrado nada de apuntes personales íntimos en esta línea. Si los hizo, los deshizo. Uno de sus amigos antiguos, José María Gil Robles, subrayó a estos efectos, la «peculiar reserva», con que procedía en las manifestaciones externas de su intimidad⁴.

En el artículo que José María Pemán, antiguo secretario del Centro de Cádiz, escribió en enero de 1965 con motivo del cardenalato de don Ángel, se subraya un dato que explica en parte y confirma plenamente este desconocimiento de la vertiente interior del nuevo Cardenal: «Probablemente, el Cardenal Herrera Oria es uno de los casos en que una inmensa obra tapa a su autor. Detrás de los muros funcionales del Colegio Mayor San Pablo, de la pila de números de *El Debate*, de la pirámide de tomos de la Biblioteca de Autores Cristianos, es difícil divisar, aun vestido de rojo, al hombre. Y, sin embargo, detrás de todo esto hay un eminentísimo señor al que tutea un gran número de españoles»⁵.

Mons. Emilio Benavent, estrecho colaborador de don Ángel y sucesor suyo en la diócesis malagueña, confirma que «sumamente parco fue Ángel Herrera en las manifestaciones de su vida interior bien apoyada en Cristo. Mantuvo siempre en absoluta reserva los secretos de su diálogo personal con Dios»⁶.

Sin embargo, cuantos le conocieron de cerca y trataron con asiduidad y secundaron su acción evangelizadora, intuyeron con certeza moral, por no decir cuasi física, y subrayo el valor epistemológico de estos dos adjetivos, la riqueza interior extraordinaria, de la que brotaba su incesante vigor apostólico.

Conviene consignar a este propósito que todo lo exterior, la acción apostólica de los hombres de Dios, con las inexcusables variantes personales, los condicionantes de cada época, sometidos actualmente a una creciente aceleración, y sobre todo la diversidad de los caminos y campos, que Dios abre a cada uno de aquellos, es siempre reflejo cristalino de su espíritu, de su vida interior.

4 *Ibíd.*, p. 130.

5 *Boletín ACdP*, enero de 2005, pp. 24 y 22.

6 Apud JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO, *Vida del Cardenal Herrera*, p. 69, Madrid 1996; y *De periodista a Cardenal*, p. 354.

Es fácil cuadrar con exactitud la visible geometría de una extensa superficie, trazar la alta cuerda orográfica de un sistema montañoso, seguir el curso patente del río de la acción evangelizadora. No resulta tan hacedero el acceder al subsuelo profundo, el descubrir las placas tectónicas que sustentan la cordillera visible, el acercarse a la fuente íntima, a las honduras recoletas de esa acción.

Con frecuencia los grandes misioneros, y don Ángel lo fue en lo social, y no sólo en lo social, prefieren mantener sus experiencias interiores en el silencio y en la clausura del huerto cerrado, del *hortus conclusus* del Cantar (4, 12).

Uno de los máximos conocedores de Ángel Herrera, su sucesor en la presidencia de la Asociación de Propagandistas, Fernando Martín Sánchez, explicó en Santander en 1947 que «al exterior muchas veces parecía que Ángel Herrera no tenía corazón, porque su inteligencia y sobre todo su voluntad habían cercado de tal manera su sensibilidad de fortines de ideas, de alambradas, que era muy raro que la impresión exterior llegara a revelar sus emociones»⁷.

Por todo ello, considero que conviene proceder a una investigación delicada y perseverante, para encontrar datos en esa línea de conjunción estrecha entre la acción y la contemplación. Es lo que intento reunir con estos apuntes en el caso de don Ángel Herrera.

Supuesta la dificultad indicada y antes de sumergirme en esta especie de buceo espiritual, es menester mencionar algo sobre el método que he seguido en la investigación.

He buscado primera y principalmente datos autobiográficos, no numerosos, pero elocuentes y en buena parte desconocidos, o al menos no suficientemente advertidos.

En segundo lugar, he ampliado la base de la investigación por la vía de los testimonios de quienes trabajaron o vivieron en vinculación estrecha con don Ángel a lo largo de las diferentes etapas de la vida de este.

Naturalmente, he procurado valorar el trasfondo biográfico y el núcleo en no pocos casos autobiográfico, y siempre autorizado, de los testimonios. He cuidado de distinguir el nudo sustantivo del testimonio y los matices periféricos que sobre ese núcleo haya podido añadir el inevitable subjetivismo del sujeto que juzga o recuerda.

7 C, p. 147.

Tengo muy presente el experimentado adagio de la filosofía perenne del *quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, el cual tiene su perfecto paralelismo en otra sentencia que lo complementa: *quidquid dicitur ad modum dicentis dicitur*.

En todo testimonio sobre personas, y particularmente sobre grandes figuras, se desliza cierto grado de apreciación subjetiva, que, si es moderado, mantiene líneas objetivas del sujeto juzgado; pero que, si es excesivo, deforma los perfiles reales de este.

Debemos, en este delicado campo, adelantar la cautela metodológica de que en no pocas ocasiones el juicio de una persona sobre otra suele ser más autorretrato de quien enjuicia que objetiva imagen del enjuiciado.

Añádese a lo dicho el que el género biográfico, en todas sus versiones y usos, resulta siempre dificultoso, dificultad que se acrecienta en el caso de las altas cimas de la santidad cristiana, ya que no basta exponer los datos de fuera, la fachada o los alrededores del castillo, sino que es menester adentrarse en las estancias más íntimas de ese castillo del espíritu.

A un corresponsal polaco, que preparaba una biografía de Juan Pablo II, advirtió este que «una biografía es difícil, puesto que tiene que ser algo más que una relación de fechas, datos y citas. Debe reflejar el corazón de la persona, su alma y sus pensamientos»⁸. Sin pretensiones de apología, pero también con propósito de huir de prejuicios consolidados y de frívolas dificultades.

Salvedad que aumenta de vigor, cuando se intenta dibujar la vida interior de un cristiano consagrado a la evangelización de las realidades temporales, que ha tenido que navegar durante decenios fecundos por mares alterados y con frecuencia alborotados.

José Luis Gutiérrez García

⁸ EUSEBIO FERRER, *Juan Pablo II, pregonero de la verdad*, vol. II, p. 552, Madrid 2005.

Capítulo 1

ÁNGEL HERRERA ORIA Y SAN JOSÉ MARÍA RUBIO

Es el primer dato que considero significativo.

En 1959, el 9 de diciembre, don Ángel, Obispo de Málaga, pronunció un sermón en el solemne funeral por el alma de la M. Asunción Soler, fundadora de las Hermanas Terciarias Carmelitas del Sagrado Corazón de Jesús⁹.

En diciembre de 1909, -recuerda don Ángel en dicha homilía-, él, Presidente de los recién fundados propagandistas, y Gerardo Requejo Valverde, uno de los primeros miembros de la A. C. N. de Jóvenes Propagandistas, recorrieron en actos públicos Granada, El Puerto de Santa María, Jerez, Cádiz, Sevilla y por último Huelva.

«En Sevilla tuvimos la fortuna de encontrarnos Requejo y yo con tres santos varones, que estaban preparándonos el camino (de Huelva). Tres hombres que van ya camino de los altares: D. Manuel González y García, entonces Arcipreste de Huelva; el Padre Tarín, a quien conoce bien toda Andalucía, entonces Superior de la Residencia de los jesuitas de Sevilla; y el Padre Rubio, a quien traté muy íntimamente en Madrid, y uno de los varones más espirituales que yo he conocido en la vida»¹⁰.

En el diario sevillano, de fundación católica, *El Correo de Andalucía*, en su edición del 16 de diciembre de 1909, se consigna un dato que confirma lo anterior. En efecto, el día 15 de dicho mes llegó a Sevilla, procedente de Jerez y Cádiz, Ángel Herrera, acompañado de Gerardo Requejo. Les recibió en la estación de San Bernardo el P. José M. Rubio, Director entonces de la Congregación de los Luises en la ciudad hispalense¹¹.

Este primer pasaje, que tiene pleno carácter autobiográfico, y su confirmación informativa, muestran dos hechos harto valiosos en orden a la interioridad de don Ángel.

⁹ Véase *Obras completas*, vol. I, pp. 293-301.

¹⁰ *Ibíd.*, pp. 294-295.

¹¹ Véase CARLOS STAEHLIN, *El Padre Rubio*, p. 146, Madrid 1974.

Primero, el juicio sobre el hoy ya santo canonizado, P. José María Rubio, de la Compañía de Jesús. Tiene este juicio dos vertientes: Primera, la de la certera estimación que don Ángel tuvo respecto de la santidad del P. Rubio. Plano de mirada objetiva. Y segunda, -plano subjetivo-, la de probar la fina apreciación, por parte de don Ángel, de la virtud excelsa de una persona. También en el campo del espíritu hay olfato certero de virtudes y capacidades de experto catador de soleras en materia de santidad. Don Ángel las tenía.

Pero es el segundo dato el que conviene subrayar. Don Ángel trató en Madrid «muy íntimamente» con el P. Rubio. Intimidad subrayada por el adverbio modal y por el anterior de intensidad «muy», los cuales denotan que don Ángel tuvo en el P. Rubio su confesor ordinario y también director espiritual en gran parte de sus años madrileños. Ignaciano desde su primera juventud, nada tiene de extraño esta relación de dirigido-director, que don Ángel manifestó como de pasada, pero con suficiente claridad en sus años malagueños. Sumamente parco en el uso del adverbio «muy», solo lo empleaba cuando el término afectado por dicho adverbio de intensidad, poseía y merecía el grado de superlativo que el «muy» significa.

Dos datos posteriores en el tiempo confirman esta íntima relación de Ángel Herrera con el P. Rubio.

Tobías Huelves Alcázar era un dirigido y ayudante del P. Rubio en la asistencia de este a los enfermos. Quedó sin trabajo. El P. Rubio se dirigió al Director de *El Debate* y este lo colocó inmediatamente como distribuidor del periódico. Para Herrera una recomendación de su director espiritual era una orden¹².

Segundo elemento. Al día siguiente de morir en Aranjuez el P. Rubio, *El Debate* publicaba una amplia y significativa nota necrológica, que era todo un testimonio de reconocimiento de la santidad del jesuita fallecido: «Durante los dieciocho años de su permanencia en Madrid se había granjeado una simpatía universal. Había llegado a ser popular aquel austero sacerdote modesto, humilde, que en sola su presencia, atrayente y bondadosa, tenía el sello de los santos. El Padre Rubio, en

¹² PEDRO MIGUEL LAMET, *Como lámpara encendida. José María Rubio*, p. 162, Barcelona 2003. Véase *Posiciones y artículos para el Proceso*, p. 108, Madrid 1944.

suma, pertenecía a esa jerarquía de apóstoles jesuitas modernos, que dejan tras sí una estela de virtudes, y nos parece que debe ser colocada su memoria al lado de la que dejaron esos dos ilustres misioneros de Andalucía: el P. Tarín y el P. Arnáiz»¹³.

¹³ Texto en *El Debate*, edición del 3 de mayo de 1929. Véase CARLOS STAEHLIN, *El Padre Rubio*, p. 335, Madrid 1974; y JESÚS M. GRANERO, *Cristo y los pobres. El P. Tiburcio Arnáiz*, S.I., Madrid 1980.

Capítulo 2

LA CASA DE EJERCICIOS EN ARTURO SORIA, MADRID

Estamos en abril de 1935. Don Ángel había dejado hacía dos años la dirección de *El Debate*. Era entonces Presidente de la ACdP y de la Junta Central de la Acción Católica. Fernando Martín Sánchez ocupaba el puesto de Vicepresidente de la Asociación. Compran y acondicionan una casa de tres pisos para tandas de Ejercicios ignacianos, situada entonces en Arturo Soria, 34.

La compra la hacen los propagandistas. Era un regalo de la ACdP al P. Ángel Ayala, su fundador. Se abrió para ello una suscripción nacional interna, a fin de que todos los socios contribuyeran a sufragar los gastos de acondicionamiento y reforma, «con instalación modesta, pero completamente decorosa».

Se encomendaron todos los servicios y el gobierno de la casa a la entonces «Pía Asociación Milicia de Jesús», institución femenina fundada por el santo párroco de Murchante, Navarra, don Pedro Legaria Armendáriz, y hoy ejemplar congregación religiosa de las Esclavas de Cristo Rey.

Vino a la inauguración el propio fundador del Instituto, amigo personal íntimo de don Ángel. En la historia de la Congregación se consigna el dato siguiente:

«Se había iniciado la idea por medio del muy digno D. Ángel Herrera, que, habiendo conocido la marcha de la Obra de Ejercicios en nuestras dos Casas de Navarra, tomó con gran interés el asunto... Más de una vez el buenísimo y ejemplar don Ángel Herrera se retiraba allí algunos días, pasándolos en completo retiro. Y cuando tenía algún trabajo urgente hacía lo mismo. Era un hombre de Dios. Para cuando la comunidad bajábamos a la capilla, ya estaba allí de rodillas. Cuando nos retirábamos por la noche, allí se quedaba ante el sagrario»¹⁴.

¹⁴ MARÍA ASUNCIÓN URSÚA, *Una obra toda de Dios*, vol. I, cap. XX, *Historia de la fundación de Madrid*, p. 578, Burgos 1995.